

del Hombre será entregado para ser crucificado.» Esto pasaba el martes por la tarde, y el día siguiente, miércoles, le pasó Jesús en el monte, ocupado en santo retiro y ejercicio espiritual, á fin de prepararse á morir. En ese mismo día, los príncipes de los sacerdotes, los doctores y los ancianos se reunieron en concilio para estudiar y ver cómo se apoderarían de Él, puesto que habían resuelto ya el hacerlo sin tardanza; pero la actitud y sentimiento público les tenía inquietos, y juzgaban que la prisión de Jesús produciría un levantamiento en el pueblo, y que, por lo tanto, no sería posible prenderle hasta después de la Pascua, en que la multitud de extranjeros hubiese salido ya de la ciudad para volverse á sus casas. Estando así las cosas, ocurrió un suceso que ellos no esperaban, y que les obligó á precipitarlo todo para ejecutar su propósito. Judas, uno de los doce Apóstoles, se presentó á los jefes de los sacerdotes para tratar con ellos acerca de la libertad y la vida de su Maestro, y les dijo: «¿*Queréis darme, y yo os le entregaré?*» Y convinieron en darle treinta siclos de plata, por cuya cantidad Judas se obligó á entregarles á Jesús sin que el pueblo tuviera noticia de ello. Treinta siclos de plata equivalían casi á veinte duros de nuestra moneda, y era la multa que, según el código judaico, debía pagarse por la muerte inferida á un esclavo. En todo esto se cumplía á la letra lo que había predicho el Profeta Zacarías: «*Ha sido reputado como un esclavo, y su precio se fijó en treinta dineros.»*

LA PASCUA

Era la Pascua la gran solemnidad religiosa de los judíos, que había sido instituida por el mismo Dios para que sirviera como recuerdo del beneficio que había dispensado á Israel, librándole de la cautividad de Egipto, y como una imagen y representación de gracia extraordinaria que Él quería hacer á toda la humanidad, librándola de la esclavitud del pecado por medio del sacrificio de su Unigénito Jesucristo. Todas las ceremonias de la antigua Ley eran símbolos y figuras de esa singular gracia, y formaban una verdadera profecía de esta segunda libertad, á la que aspiraba el mundo entero. El punto principal de la Pascua era la inmolación y la comida del cordero; y este cordero, degollado en el Templo conforme á un rito escrupulosamente observado, recordaba aquel otro cordero que los judíos habían comido de pié, ceñida su cintura, con el báculo en la mano, preparados para el viaje en el momento de su salida de Egipto, ó, mejor dicho, al pasar del país de esclavitud á la tierra de libertad; y por esa razón la fiesta con que se conmemoraba tan dichoso acontecimiento se llamó *Pascua*, que significa *tránsito*. La sangre del cordero había sido la señal de salud para todos los primogénitos de Israel, cuando fué enviado por Dios el ángel exterminador para matar á todos los primogénitos de los egipcios; y á la vez que el cordero pascual consagraba

grandes recuerdos en el pueblo escogido, representaba también el Cordero de Dios que quitaría los pecados del mundo, y la víctima incomparable cuya sangre derramada preservaría de la muerte eterna á todos los que fuesen marcados de la misma; y de ese modo el sacrificio del cordero pascual, esencia del culto antiguo y símbolo de la Ley nueva, formaba el entronque y punto de conjunción de las dos alianzas.

Ya habían previsto y anunciado este misterio algunos intérpretes inspirados de la Ley; y el mismo nombre de *Eucaristía*, dado á la carne del cordero y conservado por la Iglesia, profetizaba ya un sacrificio más augusto. Después de haber comido el cordero y puesto ya en libertad el pueblo de Israel, aunque sin haber entrado todavía en posesión de la tierra de promisión, había sido alimentado milagrosamente en el desierto con el maná que caía del cielo; y los doctores y sabios de la antigua Ley esperaban la realidad del maná perfecto, del cual aquel maná real no era más que la figura, y anunciaban ya un pan más maravilloso para el día de la completa libertad. Dios había querido que todos fijasen su atención sobre un versículo del Salmo LXXI, que se refiere al reino del Mesías, y dice: «El trigo crecerá sobre la tierra y hasta sobre la cima de las montañas.» Lo cual quiere decir, según la versión caldaica: «Habrá un sacrificio de trigo sobre la tierra y sobre las alturas de las montañas.» Y por ahí conocían la relación y semejanza de este trigo con el maná; y sobre esa misma semejanza hacían varias inter-

pretaciones. Rabbi Eliezer dice á propósito del maná en lo referente al Mesías: «Los justos están destinados á comer de este maná en la época que llega; y si se me pregunta si ese maná ha de ser de la misma manera que lo era el del desierto, diré que no, puesto que debe ser de una cualidad más elevada, y no habrá habido nunca cosa alguna que pueda compararse con él.» R. Kimchi dice sobre la profecía de Oseas: «Algunos, por estas palabras, *ellos vivirán del pan*, entienden que en los tiempos venideros, cuando se aparezca el Salvador, habrá un cambio, una transustanciación en la naturaleza del pan.» Opina R. Moisés, hijo de Nachmán, que «el maná es engendrado por la *luz divina*, que ha tomado un cuerpo según la voluntad de su Creador.» R. Moisés Hardasan dice sobre el Salmo XXXVI: «El pan que Él da á todos es su carne, y el cambio del pan en carne se verifica mientras se come el primero.» R. Cahana, haciéndose cargo de estas palabras del *Génesis*: *Atando su pollina á la viña*, dice: «Ahí se nos manifiesta que el sacrificio que ha de hacerse por medio del vino, no solamente será cambiado en sustancia del Mesías, sino también convertido en sustancia de su cuerpo.» R. Baraquiás es de parecer que en estas palabras del texto sagrado: *¿Qué es lo que fué? Lo mismo que ha de ser*, quiere enseñárenos que «así como ha existido un primer Redentor, es á saber, Moisés, así también habrá otro último; y que de la misma manera que el primero hizo que el maná bajase del cielo, así el Redentor, que será el Mesías, será el pan de

trigo en la tierra. R. Simeón, comentando el Salmo LXXII, dice: «Entonces Dios se llenará de misericordia, y, con una virtud poderosa de palabras que saldrán de la boca de los sacerdotes, *cambiará el sacrificio que ha de serle ofrecido sobre cada altar en cuerpo del Mesías.*» Finalmente, R. Salomón, acerca de este versículo: *El trigo estará sobre la tierra y sobre la cima de las montañas*, dice que «nuestros maestros en la ciencia han interpretado esas palabras de los panes que habría en los días del Mesías, del cual está escrito en el libro llamado *Siphra* que estos panes serán como la palma de la mano, y que cada uno tomará de ellos para su alimento» (1).

El mismo sentido se encuentra en los dos altares del Templo, cuya oposición ha sido notada por el judío Philón: el altar exterior estaba incesantemente inundado de víctimas, y del altar interior no subía al cielo más que el humo del puro incienso, y cerca de él se hallaba también la mesa que contenía los panes de la proposición, símbolo del sacrificio incruento que debía reemplazar á todas las víctimas. Esa era además la creencia común entre los israelitas, á saber: que á la venida del Mesías cesarían

(1) Los que pretenden haber consultado los libros de los rabinos no han visto todo lo que ellos encierran; pero tampoco conviene leerlos con el criterio de los rabinos modernos. «Si tuviéramos en nuestras manos las obras rabínicas escritas antes de Jesucristo, y que en gran parte han perecido en el incendio de Jerusalén, nos quedaríamos asombrados de la admirable conformidad que presenta la doctrina dogmática del antiguo judaísmo con la del Cristianismo, y de la diferencia que existe bajo ese punto entre los judíos modernos y sus antepasados. Todavía existen muchos manuscritos preciosos en tiempo de Pico de la Mirandola; pero se han perdido después. Hubo una época en que los judíos procuraban buscarlos por todos los medios posibles, para tacharlos ó desterrarlos de las bibliotecas, á fin de destruir así los testimonios favorables al Cristianismo.» (SERP.)

todos los sacrificios, y que solamente el sacrificio del vino y del pan duraría eternamente.

El Mesías, pues, ha venido, y toda verdad va á salir de las sombras, y todas las esperanzas despertadas en los que meditan la palabra de la Escritura serán cumplidas.

El jueves por la mañana, día primero de la fiesta, preguntaron los discípulos á Jesús adónde irían para hacer los preparativos con el fin de celebrar la Pascua; y Jesús les instruyó sobre el particular de una manera que demostraba su soberano poder, porque les dijo que fueran á la ciudad, que siguieran á un hombre que encontrarían llevando un cántaro de agua, que entrasen en la casa que él entrara, y que allí era donde debía celebrar la Pascua.

Todo sucedió de esa misma manera, y por la tarde, acompañado Jesús de los doce Apóstoles, fué al lugar que Él había designado. Según una tradición, parece que la casa de la Cena estaba en el lugar donde, en tiempo de David y Salomón, estuvo el arca santa cuarenta años. Jesús esperó allí la hora, y tan luego como aparecieron las estrellas (al anochecer), se sentó á la mesa con los doce Apóstoles; y en esos momentos ya había principiado el día de viernes, conforme al cómputo y rito de los judíos (1).

(1) «Para los judíos principiaba el día al ponerse el sol; y según esta manera de contar, el día sexto, que era la vigilia del Sábado, tuvo lugar la celebración de la Pascua por el Salvador (la comida del cordero pascual), el lavatorio de los pies, la institución de la Eucaristía, la agonía de Gethsemaní, toda la pasión de Jesús, su inmolación, su muerte, el descendimiento de la cruz y la sepultura. Un solo día de los judíos ha presenciado todos esos sucesos.» (FOISSER.)

La cena pascual era una verdadera ceremonia religiosa, y Nuestro Señor Jesucristo, al celebrarla, observó puntualmente todos los ritos prescritos; y en ella se comió el cordero pascual conforme á las prescripciones de Moisés. Este acto fué lo que propia y rigurosamente se llamaba la Cena; y seguidamente se hacía otra comida más libre, y en esa segunda comida, sucediendo la realidad á las figuras, fué donde se instituyó la verdadera Eucaristía.

Sabiendo, pues, Jesús que su hora había llegado para pasar de este mundo á su Padre, y que el mismo Judas, entregado á Satanás, había resuelto vender á su Maestro y entregarle á los judíos, quiso dar á los suyos, á quienes siempre había amado, una prueba mucho más grande de su amor y predilección; y al efecto se quitó su manto, se ciñó un lienzo, echó agua en una palangana y comenzó á lavar los piés á sus discípulos, limpiándoles después con el lienzo que tenía ceñido. Este era un servicio de siervo ejecutado por Aquel en cuyas manos se han puesto por el Padre todas las cosas.

Cuando llegó á Simón Pedro, éste exclamó: «*¡Vos, Señor, Vos lavarme á mí los piés!*» Y Jesús le dijo: «*Esto que yo hago, tú no lo comprendes ahora, pero ya lo comprenderás.*»— «*¡Yo no permitiré,* replicó Pedro, *que Vos me lavéis los piés!*» Y Jesús le respondió: «*Si yo no te lavo los piés, no tendrás parte conmigo.*» Aquí hacía Jesús referencia á la purificación espiritual, que tan necesaria es para recibir dignamente los divi-

nos misterios; y el lavatorio de los piés no era más que un símbolo de esa purificación. Todavía no comprendió eso Pedro, pero conoció el gran mérito de la obediencia; y dejándose llevar del ardor de su franco carácter, exclamó: «*¡Señor, no me*

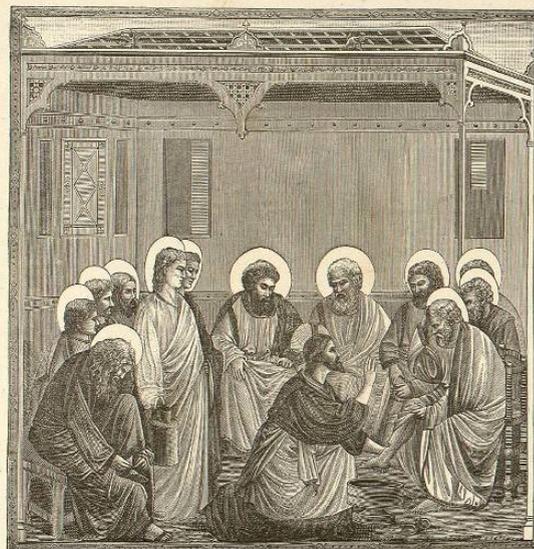


Lámina 86.—Jesús lava los piés á sus discípulos para darles ejemplo de humildad y de caridad. Fresco de Giotto, que se conserva en la iglesia de la Arena, en Padua, y data del siglo XIV.

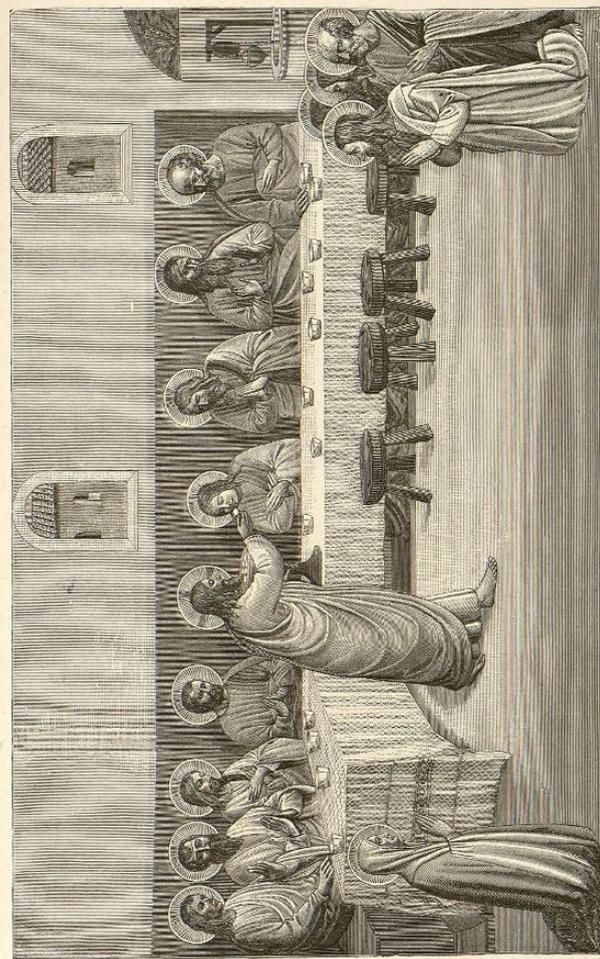
lavéis entonces solamente los piés, sino también las manos y la cabeza!» Á lo que Jesús le contestó: «*Aquel que ha sido ya lavado no tiene necesidad de lavarse los piés para estar enteramente puro. Ahora bien, tú estás puro, pero no lo están todos.*»

Judas estaba allí presente con los demás Apóstoles, y Jesús

le lavó los pies; y concluído ese acto, volvió Jesús á la mesa y les dijo : «¿Conocéis lo que acabo de hacer? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy; y, por tanto, si yo os he lavado los pies siendo vuestro Maestro y vuestro Señor, vosotros debéis lavaros también los pies unos á otros, porque os he dado ese ejemplo á fin de que lo que yo he hecho lo hagáis también vosotros.» Y además continuó diciendo : «He deseado con gran ansia celebrar esta Pascua con vosotros antes de que padezca, pues os declaro que en adelante no la celebraré más hasta que se vea cumplida en el reino de Dios.»

Hacia el fin de la comida tomó Jesús la copa, y presentándose á los Apóstoles, les dijo, después de haber dado gracias: «Tomad y repartiadlo entre vosotros, porque os digo que no beberé más de este vino hasta que llegue el reino de Dios.» En seguida tomó el pan, dió gracias, le bendijo, le partió y distribuyó entre sus discípulos, diciéndoles : «Tomad y comed; este es mi cuerpo, que se ha dado para vosotros. Haced esto en memoria de mí.» Finalmente, después que Jesús hubo comido, tomando otra vez la copa, y habiendo dado gracias, se la dió á los discípulos, diciendo : «Bebed de ella todos, porque esta es mi sangre, la sangre de la nueva alianza, que será derramada por vosotros y por muchos para la remisión de los pecados.» Y todos bebieron de ella.

Después de este espectáculo tan augusto y amoroso, una



Admirata 87.—La Cena. Jesús bendice el pan y le distribuye á sus discípulos, dicen todos : «Tomad y comed; este es mi cuerpo, que se ha dado para vosotros. Haced esto en memoria de mí.»—Fresco de Fra. Benedetto, hermano de Fra Angélico, en el convento de San Marcos, en Florencia, perteneciente al siglo XV.—Nuestro Señor da la comunión como un sacerdote. El pintor ha querido representar la verdad mística.

palabra de Jesús llenó instantáneamente de consternación á los Apóstoles, á quienes, con una emoción que les permitió conocer, dijo : *«Uno de vosotros me hará traición; y el que mete la mano conmigo en el plato me entregará.»* Ellos se miraban desde luego unos á otros con la incertidumbre de quién sería aquel á quien se refería el Maestro, hasta que por fin Pedro, ejerciendo ya una de las funciones de Jefe de la Iglesia, haciendo una señal á Juan, que estaba al lado del Señor, le preguntó quién sería el traidor, informándose é investigando así el primero sobre el nombre y persona del hereje que hubiese tomado tan diabólica resolución. Juan tenía su cabeza casi tocando con la de Jesús, y uniéndola más, le preguntó en voz baja quién era el traidor, y Jesús respondió en el mismo tono que era aquel á quien Él había de dar pan empapado. Los demás Apóstoles no oyeron eso, y, llenos de tristeza y pesadumbre, cada uno de ellos principió á preguntar á Jesús : *«¿Soy yo, Señor?»* En cuyo proceder manifestaron todos la humilde desconfianza que tenían de sí mismos y su caridad para con sus hermanos. Jesús, guardando todavía alguna consideración á Judas y dejándole que obrase con libertad, les contestó : *«Es uno de los doce que mete conmigo la mano en el plato. Por lo que toca al Hijo del Hombre, se va, conforme á lo que está profetizado de Él; pero ¡desgraciado del hombre por quien Él sea entregado! ¡Más le hubiera valido no haber nacido!»*

Entre tanto Judas quiso hablar como los otros, y preguntó,

como ellos, si era él; y entonces Jesucristo le contestó : *«Tú lo has dicho,»* pero dándole esa respuesta con una voz que él solo pudiera oír; y habiendo mojado un poco de pan, se lo dió al mismo Judas, lo que fué todavía un testimonio de afecto que el traidor recibía de su Maestro. Si Judas sintió algún remordimiento, le ahogó, y siguió perseverando en la voluntad de consumir su crimen; por eso se ha dicho y se notó que desde que tomó el pedazo de pan que le dió el Señor se apoderó de él Satanás, en vista de lo cual Jesús dijo á Judas : *«Lo que has de hacer, hazlo pronto.»* Y al momento el traidor salió del cenáculo, sin que los que estaban en la mesa comprendiesen esa rápida escena; y ni el mismo Juan, que conocía al traidor, sabía que hubiese ido al momento á ejecutar su designio.

El excomulgado había ido á ponerse de acuerdo con los jefes de la guardia del Templo, que debían apoderarse de Nuestro Señor; y su salida del cenáculo es el primer episodio de la pasión. Una palabra de alegría salió del corazón de Jesús, como para saludar aquel umbral de la muerte; y al mismo tiempo dijo que entonces era cuando el Hijo del Hombre se veía glorificado, y que por Él era también glorificado Dios. Seguidamente principió el discurso que se llama *después de la Cena*, que fué una recopilación de su doctrina y enseñanzas, y que parece habérsenos dejado, á fin de que el mundo entero pudiese verle tal como se apareció en el Tabor, radiante de luz divina y al mismo tiempo lleno de benignidad.

Entonces fué cuando llamó *hijos suyos* á los Apóstoles, y les renovó la promesa de sus divinas recompensas; les recomendó que se amasen unos á otros, como Él les había amado; y á fin de manifestarles que la fuerza de ese amor debía superar á todo lo que hasta entonces se hubiera oído, les dijo que el mandamiento de amarse recíprocamente que les había dado era *un mandamiento nuevo*; y anunciándoles que debía separarse de ellos, les dió la seguridad de que no quedarían huérfanos. Dijo especialmente á Pedro que había rogado por él para que su fe no faltase y pudiera resistir á todos los esfuerzos de Satanás; y le hizo conocer estas palabras, que son la constitución de la Iglesia: «*Cuando te hayas convertido, confirma á tus hermanos.*» También les anunció que aquella misma noche le abandonarían todos; y como, al oír eso, protestase Pedro de su acendrada fidelidad, Jesús añadió, refiriéndose particularmente á Pedro, que antes que cantase dos veces el gallo le negaría tres, cuya predicción le fué dirigida áun cuando poco antes había asegurado al Maestro que le seguiría hasta la muerte.

Por medio de una explicación y confirmación más clara y terminante de su divinidad quiso Jesús fortificarles y robustecer su fe, á fin de que no se dejasen vencer de su propia flaqueza y para que no se escandalizasen con los próximos tormentos y suplicios del Salvador; y al efecto les otorgó el poder de hacer milagros, diciéndoles: «*Las obras que yo hago también las hará aquel que crea en mí, y áun las hará todavía mayores, por-*

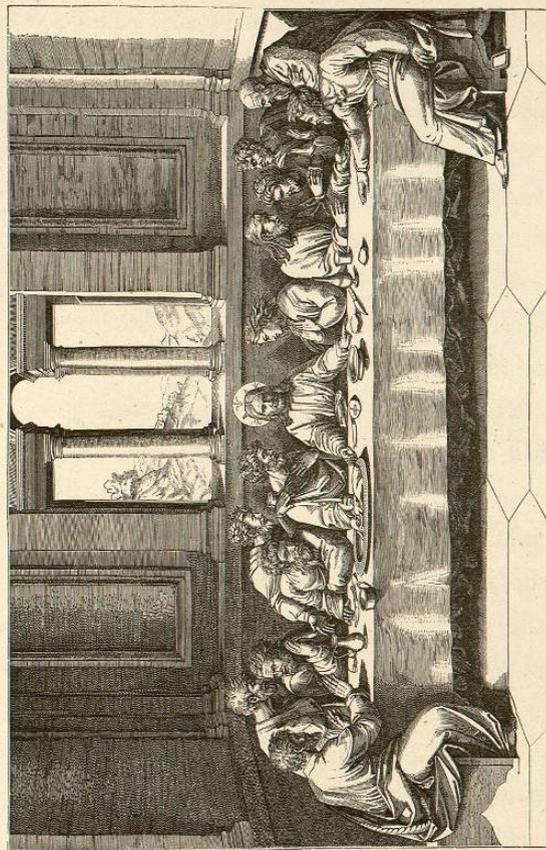


Lámina 88.—La Cena. Jesús, dirigiéndose á sus discípulos, les dice con emoción: «Uno de vosotros me será traidor, y está conmigo en la mesa la mano del que me hará traidor.»—Grabado de Marco Antonio, conforme á un cuadro al fresco de Rafael.

que yo me voy á mi Padre, y todo lo que vosotros le pidáis en mi nombre, yo lo haré para que el Padre sea glorificado en su Hijo.»

Como si esas seguridades no fueran bastantes y tuviese Él mismo necesidad de fortificarse y prepararse contra el dolor y sentimiento que ellos experimentarían de no verle ya más, aunque en realidad no hubiese de alejarse de ellos, les prometió hasta por seis veces un consolador, diciéndoles: «*Si vosotros me amáis, guardad mis mandamientos, y yo rogaré al Padre para que os dé un consolador que permanezca siempre con vosotros, el cual es el Espíritu de verdad, que no puede recibir el mundo, porque no le ve ni le conoce; pero vosotros le conoceréis, y él permanecerá con vosotros y estará en vosotros; y este consolador, que es el Espíritu Santo, el cual os será enviado por el Padre en mi nombre, os enseñará todas las cosas y os hará que volváis á acordaros de todo lo que yo os he dicho.*» La bondad de Jesús repite sin cesar estas seguridades, y no puede, si así es permitido hablar, saciarse de decirles y reiterarles las pruebas de lo mucho que les amaba y de fortalecerles para los trabajos y suplicios que les esperaban.

No quiere Jesús que sus Apóstoles duden, ni tampoco que dudemos nosotros, que hemos venido más tarde al mundo, y que vemos desgraciadamente delante de nosotros renovarse su dolorosa pasión al mismo tiempo que sus milagros, y por eso pronunció estas consoladoras y dulcísimas palabras: «*Yo os doy mi paz, yo os dejo mi paz; pero no os la doy como la da el mundo, y así no debe turbarse y asustarse vuestro corazón. Habéis oído que yo me voy de aquí, pero volveré; y os digo*

ahora todas estas cosas antes que se cumplan, á fin de que después que las veáis cumplidas, tengáis fe en mí.» Y además añadió: «*Yo apenas os hablaré ya más, porque ved ahí que viene el príncipe de este mundo. Él no tiene sobre mí ningún poder; pero á fin de que el mundo sepa que yo amo á mi Padre y que cumplo las órdenes que mi Padre me ha dado, levantaos y marchemos de aquí.*» Estas expresiones denotan su plena y tranquila voluntad para ejecutar el sacrificio, haciéndose obediente hasta la muerte. Así, pues, marchó hacia el monte de las Olivas, en donde debía pasar la noche, y Judas no lo ignoraba, continuando su discurso por el camino.

Conforme á la costumbre que tenía de sacar de los objetos más familiares imágenes y ejemplos para esclarecer sus enseñanzas y dejarlas más grabadas en la inteligencia, se sirvió de la viña para hacer comprender á sus discípulos el misterio de la unión é incorporación de todos los fieles con el Hombre-Dios, y para profetizar al mismo tiempo los fines y términos de las herejías, y por eso se expresó en estos términos: «*Yo soy la viña verdadera, y mi Padre es el viñador. Él cortará toda rama que haya en mí sin dar fruto, podando todas aquellas que le den para que ese fruto sea más abundante. Permaneced en mí, y yo en vosotros; porque así como la rama no puede llevar fruto si no permanece unida al tronco, así tampoco podréis darle vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy el tronco de la viña y vosotros los vástagos. Aquel que permane-*